

ni sabemos el texto o manuscrito utilizado para esta edición. La insistencia en que la publicación se lleva a cabo en el XIX centenario de la muerte de Quintiliano hace pensar más en una oportunidad política que científica. Y es una lástima porque Alfonso Ortega reúne, como profesional, la más alta cualificación para habernos proporcionado a los estudiosos de a pie una extraordinaria obra del más alto valor crítico y literario. Estoy seguro que algún tipo de remedio tendrá ya pensado el ilustre profesor para que no se pierda esta ocasión, única en siglos, de acercarnos a las *Instituciones Oratorias* con todas las garantías con que puede acercarnos hoy la ciencia a las fuentes del pensamiento clásico.

Sin embargo, Ortega promete la «Obra completa» y un Léxico y anuncia ponerla en manos del lector en cuatro volúmenes con un estudio final: «Un Léxico sobre Quintiliano, así como el estudio final sobre su obra en el cuarto tomo, podría ser el mejor homenaje a Quintiliano».

Las dos páginas del Prólogo de este primer tomo y las aclaraciones hechas por Alfonso Ortega en la presentación del libro el 26 de febrero de 1997, en el Aula Magna de la Universidad Pontificia de Salamanca, añadidas a su interés por los cursos de Retórica en esta Universidad y fuera de ella (una de las dedicaciones preferidas de este catedrático de griego), hacen prever una interpretación de Quintiliano alineada a la Retórica más que decantado a una interpretación más global del personaje como auténtico educador modelo en la roma de Galba, Vespasiano y Domiciano. Y es que a Ortega le duele la falta de oradores, en el foro, en las Cortes y en el resto de los actos públicos en donde el profesional deba expresarse cara al público. La palabra abandonada, perdida, maltratada o maltrecha son el dolor de Alfonso Ortega. La Oratoria moderna, ágil, incisiva, oportuna y limpia, junto a la verdad y la ética, son su gozo.

VICENTE FAUBELL

REDONDO, Emilio; LASPALAS, Javier, *Historia de la Educación. I. Edad Antigua*, Dykinson, Madrid, 1997, 735 pp.

Este es el primer tomo de una novedosa y extensa *Historia de la educación*, al que seguirán otros dos. El primero ha sido redactado por los profesores de la Universidad de Navarra Emilio Redondo García y Javier Laspalas. Seguirán un segundo dedicado a la *Edad Media y Moderna* (ss. VII-XVII) y un tercero a la *Edad Contemporánea* (ss. XVIII-XX), realizados por los historiadores mencionados además de Javier Vergara, Paloma Pernil y Concepción Cárceles. Hay que felicitar principalmente al alma de este equipo, D. Emilio Redondo, al que debemos esta investigación de gran calado, fruto de muchos años dedicados a la docencia universitaria y a la investigación. Se trata de un trabajo, no de improvisación, sino de madurez.

La orientación y planteamiento metodológico recuerdan la escuela historiográfica de los clásicos creadores de la contemporánea historia de la educación Otto Willmann y Werner Jaeger, lo que no quiere decir que la concepción que de la historia tienen los profesores Redondo y Laspalas sea idéntica a la de los mencionados historiadores alemanes. Coinciden con ellos en elaborar su historia sobre las fuentes clásicas literarias utilizadas tradicionalmente por todos los historiadores de reconocido prestigio.

Su principal innovación consiste en invitar al lector, profesor o alumno, a intervenir y a reelaborar por sí mismo el conocimiento del pasado histórico, a través de textos pedagógicos hábilmente seleccionados y traducidos. Se pide al lector que convierta el aprendizaje de la historia en una especie de *taller*, en el que él mismo sea capaz de interpretar y analizar los textos clave de un pasado educativo, considerados todavía vigentes y de interés para nuestro tiempo y para la formación de nuestras jóvenes generaciones.

Fieles al principio de que la historia se hace principalmente con documentos, su trabajo consiste en seleccionar y presentar las más importantes fuentes escritas origi-

nales, objeto de análisis y de estudio. Con este material el profesor ayudará a interpretarlas y comprenderlas, de acuerdo con la formación y capacidad intelectual de cada uno.

Digno de encomio es el reto planteado por estos dos historiadores, al obligarse a leer y seleccionar personalmente montañas de obras escritas en épocas y lenguas distintas, sin ser helenistas, romanistas, ni especialistas en patrología grecolatina, como ellos mismos confiesan. Dos textos abren el prólogo de la obra. Uno de ellos se debe a San Agustín y otro a Santo Tomás. El primero es el siguiente:

Quienes buscan *preceptos retóricos que aprendí y enseñé en las escuelas del siglo (...) que no esperen de mí tal cosa*. Deben aprenderlos en otro sitio. El segundo texto afirma lo siguiente: *En la adquisición de la ciencia el que enseña a otro le lleva al conocimiento de las cosas que ignoraba, de una manera idéntica a aquella en la que alguien, por sí mismo, pasa al conocimiento de lo que no sabía*.

Ambos textos reflejan la gran obsesión de Redondo durante toda su vida investigadora: el problema de la comunicación y la naturaleza de la enseñanza, a la que dedicó su tesis doctoral. ¿Es posible enseñar? ¿Enseña el maestro o aprende el discípulo? ¿Es posible aprender sin maestro? Estas y otras preguntas se encuentran en la entraña de la pedagogía occidental, desde Sócrates a nuestros días.

Desde la óptica de esta duda metódica socrática, los autores de este primer tomo insisten en que no se trata de un manual convencional de historia de la educación, sino que se pretende ser una *guía para el estudio e investigación de la historia de la educación*, equidistante entre el manual tradicional y la *monografía consagrada a una época o a un autor*. No pretenden ofrecer al alumno *unos contenidos elaborados y condensados en forma de «recetas», para ser aprendidos y memorizados* para superar un examen. Prefieren ofrecer *unas pautas y un esquema conceptual y metodológico que les incite y les ayude a realizar «personalmente» el estudio o investigación, facilitándoles además el contacto directo*

*con las fuentes*. La novedad de este trabajo consiste en seleccionar fuentes originales, siguiendo el lema del humanismo renacentista *ite ad fontes*, en las que hallar sin intermediarios contaminantes el pensamiento primigenio de sus autores. El profesor ayudará a *complementar la interpretación de los textos según sus conocimientos*. Los cuadros sinópticos ayudan también a comprender de forma sintética e intuitiva las fuentes, los contenidos, las etapas, los conceptos específicos, los objetivos formativos, las actividades, etc. de cada una de las etapas estudiadas.

Son notables los méritos a resaltar en este manual. Pocos manuales de Historia de la Educación ofrecen estudios tan rigurosos y sólidos con semejante acopio de fuentes directas y bien presentadas. Es preciso resaltar algunos capítulos, en mi opinión, los mejor logrados, los dedicados a Clemente de Alejandría, del que Redondo es un especialista, y los dedicados a Cicerón, Séneca y Quintiliano, estudiados desde el punto de vista pedagógico de forma exhaustiva.

Los textos son siempre de total garantía, procedentes de ediciones bilingües publicados por editoriales y especialistas de total solvencia, como son las ediciones de Gredos, Alma Mater de la Universidad de Barcelona y de la B. A. C.

Dirigir la mirada una vez más al mundo antiguo es volver a recordar las raíces de nuestra cultura plural. Es un ejercicio útil y creativo, tanto para quienes desean comprender con profundidad la naturaleza y objetivos de la educación actual, como para los especialistas de la antigüedad, que no siempre se detienen en analizar el estilo y métodos de la educación de los pueblos que estudian, a pesar de que la educación es siempre un retrato fiel y elocuente de sus modos de pensar y de sentir, de su escala de valores, de sus actitudes ante el niño y la niña, ante la mujer...

A Emilio Redondo se debe la *Introducción*, el *capítulo preliminar*, el capítulo primero dedicado a las culturas antiguas (hindúes, chinas, egipcias y hebreas), además del dedicado a la educación en la

Roma antigua y a Plutarco. Al historiador Javier Laspalas se deben los estudios sobre Platón, Aristóteles, Cicerón, Quintiliano y Séneca. *El resto del manual es fruto del trabajo conjunto* según afirman sus autores.

En toda obra de semejante envergadura hay páginas brillantes y otras menos inspiradas. Escribir una historia exclusivamente con fuentes literarias tiene sus riesgos y limitaciones. No hay más que recordar la historia de los libros sagrados de las distintas religiones, la historia de la literatura, del derecho y de la filosofía. Inicialmente se comenzó dando primordial importancia a fijar las fuentes canónicas, tarea en la que sobresalieron los sabios de la Escuela de Alejandría, creadores de las primeras escuelas críticas y filológicas, en occidente. Gracias a ellos fue posible contar con una versión griega del Antiguo Testamento y con ediciones críticas de los clásicos griegos considerados por ellos como auténticos y dignos de ser conservados como tales. ¿Hasta qué punto acertaron totalmente los sabios de Alejandría en esta tarea? ¿Cuántas obras de gran calidad se perdieron definitivamente en la criba?

La opción metodológica de hacer una historia mediante textos seleccionados, renunciando a dar una clara interpretación personal, labor tradicional confiada al historiador, puede entrañar graves riesgos. ¿Cómo se garantiza la objetividad al escoger este o aquel texto? Los humanistas del renacimiento volvieron a insistir en este mismo empeño, *sacralizando* en cierto modo la filología como única garantía para acceder al conocimiento del pasado. Hoy no basta con esto para hacer Historia. Además de textos bien depurados, es preciso interpretarlos diacrónica y sincrónicamente en su contexto. La simple interpretación de los textos ha desembocado a lo largo de la historia en discusiones interminables entre los miembros de las diferentes escuelas de sabios y de creyentes. En muchos casos las diferencias hermenéuticas se resolvieron en oriente y en occidente *manu militari*. La discusión del texto no era, en muchos casos, sino un pretexto para defender un contexto.

La Historia hoy no puede reducirse únicamente a una selección de textos. El concepto de *fuentes* ha sido ampliado *ad infinitum*. El ajuar funerario de un héroe, una competición atlética dibujada en un vaso de cerámica o los planos de una palestra o escuela, son tan elocuentes a la hora de hacer la historia como un fragmento homérico. Quizás habría que ampliar en los próximos tomos el contenido de la educación, insistiendo en el ambiente familiar, en la actitud de los padres respecto a los niños y niñas, en las instituciones educativas, etc. Estas carencias no empañan los muchos méritos de esta *Historia de la Educación*. No son sino apreciaciones personales expuestas desde el cariño y admiración a mi maestro Emilio Redondo, que me guió en los primeros pasos del oficio de historiador. Se trata de una nueva y titánica reelaboración de la historia de la educación antigua en la que con mimbres de gran calidad ofrecen al lector, profesor o alumno, a rehacerla de nuevo

BUENAVENTURA DELGADO

REVISTA DE EDUCACIÓN: *La Educación y la Generación del 98*. Número extraordinario (1997), 220 pp.

Muchos escritores, pensadores, filósofos, intelectuales en definitiva, reflejaron como causa del malestar social y económico que vivía España al finalizar la centuria pasada a la enseñanza en todos los grados y niveles. Apuntaban, dependiendo del grupo iniciador del análisis, distintas vías de solución que pasaban en educación, por posturas tan dispares como confluentes en esencia en la formación de minorías intelectuales solventes a la hora de encontrar las soluciones a los problemas nacionales; otros defendían la formación integral desde la base social, la del pueblo llano que como cadena de arrastre le sacaría de su precaria situación y alcanzaría a las demás estructuras sociales.

La zona de ataque consistía en sí misma en la educación y todo el cúmulo